

# Jean-Jacques Rousseau: Prefacio de la comedia

En 1753, en ocasión de la publicación de su comedia *Narcisse*, Jean-Jacques Rousseau escribe este Prefacio en el que intenta justificar su obra puesto que, poco antes, había lanzado una virulenta crítica a la cultura de su época en su *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750). Traducción del francés de Vera Waksman.

Escribí esta comedia a la edad de dieciocho años y procuré no mostrarla mientras la reputación de autor seguía teniendo algún sentido para mí. Finalmente, he tenido el coraje de publicarla, pero nunca tendré el de decir algo de ella. No es entonces de mi obra sino de mí mismo de lo que se trata aquí. [...]

El partido que tomé en el asunto que examinaba hace algunos años no ha dejado de ocasionarme una multitud de adversarios, más atentos, quizá, al interés de la gente de letras que al honor de la literatura. Lo había previsto y sospechaba que su conducta, en esta ocasión, daría más pruebas a mi favor que todos mis discursos. En efecto, no han disimulado ni su sorpresa ni su pena respecto de que una Academia se haya manifestado íntegra de manera tan inoportuna. No han ahorrado contra ella ni las invectivas indiscretas y ni siquiera las falsedades (1) para intentar debilitar el peso del juicio por ella emitido.\* Tampoco he sido olvidado en sus declamaciones. Muchos han procurado altivamente refutarme: los sabios han podido ver con qué fuerza y el público con qué éxito lo han hecho. Otros, más hábiles, conociendo el peligro de combatir verdades demostradas de manera directa, han desviado hábilmente sobre mi persona una atención que sólo debía prestarse a mis razones y el examen de las acusaciones que me han dirigido ha hecho olvidar las acusaciones más graves que yo mismo les dirigía. Es a ellos, pues, a quienes hay que responder de una vez.

[Mis adversarios] Sostienen que no creo ni una palabra de las verdades que sostuve y que al demostrar una proposición no dejaba de creer lo contrario. Es decir que he probado cosas tan extravagantes que se puede afirmar que solamente he podido defenderlas como un juego. ¡Es ésa una buena manera de honrar a la ciencia que sirve de fundamento a todas las otras; y hemos de creer que el arte de razonar es de gran utilidad para el descubrimiento de la verdad cuando lo vemos emplear con éxito para demostrar tonterías! [...]

Sostienen también que mi conducta está en contradicción con mis principios, y no es de extrañarse que empleen esta segunda instancia para

\* Las notas indicadas con número son de J.J. Rousseau, las indicadas con asterisco, de la traductora. El texto completo y la totalidad de las notas pueden consultarse en el sitio web de la revista.

1- Se puede ver en el *Mercure* de agosto de 1752, la retractación de la Academia de Dijon, respecto de no sé qué escrito atribuido falsamente por el autor a uno de los miembros de esta Academia.

\* [Rousseau alude aquí al hecho de haber ganado el premio de la Academia de Dijon en 1750 con su *Discurso sobre las ciencias y las artes*, escrito como respuesta a la pregunta propuesta por la Academia: "Si el restablecimiento de la ciencias y las artes ha contribuido a depurar las costumbres".]

establecer la primera; porque hay mucha gente que sabe encontrar pruebas para lo que no existe. Dirán que por hacer música y versos no se está bien ubicado para despreciar las bellas artes y que dentro de las letras, por las que yo demuestro desprecio, hay muchas ocupaciones más loables que escribir comedias. También es preciso responder a esta acusación.

En primer lugar, aun cuando se la admitiera en todo su rigor, digo que la misma probaría que me conduzco mal, pero no que no hablo de buena fe. Si estuviera permitido concluir a partir de las acciones de los hombres cuáles son sus sentimientos, habría que decir que el amor de la justicia ha sido expulsado de todos los corazones y que no hay un sólo cristiano sobre la tierra. Mostradme hombres que actúen siempre de manera consecuente con sus máximas y confesaré haber errado en las mías. Tal es la suerte de la humanidad, la razón nos muestra el fin y las pasiones nos apartan de él. Pero aun cuando fuera cierto que no actúo según mis principios, no tendrían razón de acusarme, sólo por eso, de hablar en contra de mi sentimiento, ni de acusarme de falsedad en mis principios.

Pero si quisiera confesar mi error en este punto, me bastaría comparar los tiempos para conciliar las cosas. No siempre he tenido la felicidad de pensar en conformidad con mi actuar. Seducido durante mucho tiempo por los prejuicios de mi época, consideraba que el estudio era la única ocupación digna de un sabio, sólo las ciencias me parecían dignas de respeto y los sabios de admiración. No comprendía que pudiera uno perderse en demostraciones ni hacer mal a nadie hablando siempre de la sabiduría. Sólo después de haber visto las cosas de cerca aprendí a estimarlas por lo que valen, y aunque en mis investigaciones siempre haya encontrado que *satis eloquentiæ, sapientiæ parum* [mucha elocuencia parece sabiduría], he necesitado muchas reflexiones, muchas observaciones y mucho tiempo para destruir en mí la ilusión de toda esa vana pompa científica. No resulta sorprendente que durante esos tiempos de prejuicios y de errores, en los que tanto estimaba la calidad de autor, haya en ocasiones aspirado a obtenerla yo mismo. Por entonces fueron

compuestos los versos y la mayor parte de los otros escritos que han salido de mi pluma, entre otros esta pequeña comedia. Sería quizás algo injusto reprocharme hoy esos divertimentos de juventud y sería un error acusarme de haber contradicho con ello principios que todavía no había hecho míos. Hace mucho que ya no pongo en ninguna de esas cosas ninguna especie de pretensión; y arriesgarse a entregarlas al público en estas circunstancias, luego de haber tenido la prudencia de guardarlas durante tanto tiempo, equivale a decir a qué punto desdeño tanto la alabanza como la crítica que de ellas pudiera surgir, pues ya no pienso como el autor del cual son obra. Son hijos ilegítimos a los que se acaricia todavía con placer ruborizándose de ser el padre, a los que se despi- de por última vez y se manda a buscar fortuna sin preocuparse demasia- do por lo que llegarán a ser.

Pero es demasiado razonar a partir de suposiciones quiméricas. Si se me acusa sin razón de cultivar las letras, que yo desprecio, me defiendo sin necesidad porque, aun cuando el hecho fuera verdadero, no habría en ello ninguna inconsecuencia: es lo que me queda por probar.

Seguiré para ello, según mi costumbre, el método simple y fácil que conviene a la verdad. Estableceré nuevamente el estado de la cuestión, expondré nuevamente mi sentimiento y esperaré que, sobre la base de esta exposición, se avengan a demostrarme dónde mis acciones des- mienten mis discursos. Mis adversarios, por su parte, se abstendrán cui- dadosamente de permanecer sin respuesta, pues ellos tienen el arte maravilloso de disputar a favor y en contra acerca de toda suerte de temas. Comenzarán, según su costumbre, estableciendo otro asunto que su fantasía les dicte, me lo harán resolver como les convenga; para ata- carme más cómodamente, me harán razonar no a mi manera sino a la suya; desviarán hábilmente la mirada del lector del objeto esencial para fijarla aquí y allá; combatirán a un fantasma y pretenderán haberme ven- cido: pero yo habré hecho lo que debo hacer, y comienzo.

“La ciencia no sirve para nada y solamente hace mal, pues ella es mala por su propia naturaleza. Es tan inseparable del vicio como la ignorancia lo es de la virtud. Todos los pueblos letrados han sido siempre corruptos, todos los pueblos ignorantes han sido siempre virtuosos. En una palabra, sólo hay vicios entre los sabios, y sólo es hombre virtuoso el que no sabe nada. Hay, entonces, un medio para que volvamos a ser gente honesta: proscribimos cuanto antes la ciencia y a los sabios, quemar nuestras bibliotecas, cerrar las academias, los colegios, las universidades, y volver a sumergirnos en la toda la barbarie de los primeros siglos.”

Esto es lo que mis adversarios han refutado muy bien; sin embargo, nunca he dicho ni pensado ni una palabra de todo eso y no podría ima- ginarse nada más opuesto a mi sistema que esta absurda doctrina que tienen la gentileza de atribuirme. Pero he aquí lo que he dicho y que de ningún modo han refutado.

Se trataba de saber si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido a depurar nuestras costumbres.

Al mostrar, como lo he hecho, que nuestras costumbres no se han depu-

rado para nada, la cuestión estaba más o menos resuelta.

Pero ésta encerraba implícitamente otra más general y más importante, acerca de la influencia que el cultivo de la ciencia debe tener en toda ocasión sobre las costumbres de los pueblos. La primera cuestión no es más que una consecuencia de esta última, la cual, precisamente, me propuse examinar con cuidado.

Comencé por los hechos y mostré que las costumbres han degenerado en todos los pueblos del mundo a medida que el gusto por el estudio y las letras se extendió entre ellos. [...]

El gusto por las letras anuncia siempre en un pueblo un comienzo de corrupción que él mismo acelera rápidamente; pues ese gusto no puede nacer en toda una nación sino de dos malas fuentes, que el estudio mantiene y alimenta a su vez: a saber, el ocio y el deseo de hacerse notar. En un Estado bien constituido, cada ciudadano tiene que cumplir con sus deberes y esos menesteres importantes le son demasiado estimados y no le dejan tiempo libre para ocuparse de especulaciones frívolas. En un Estado bien constituido, todos los ciudadanos son a tal punto iguales que ninguno puede ser preferido ante los demás como el más sabio ni tampoco como el más hábil, sino a lo sumo como el mejor: pero inclusive esta última distinción resulta en ocasiones peligrosa, pues produce impostores e hipócritas.

El gusto de las letras, que nace del deseo de hacerse notar, produce necesariamente males tan infinitamente más peligrosos, que todo el bien que hacen no resulta útil: al fin, quienes se entregan a las letras terminan siendo muy poco escrupulosos respecto de los medios de tener éxito. Los primeros filósofos se hicieron una gran reputación al enseñar a los hombres la práctica de sus deberes y los principios de la virtud. Pero al poco tiempo esos preceptos llegaron a ser comunes y fue necesario diferenciarse trazando caminos contrarios. Ése es el origen de los absurdos sistemas de los Leucipo, los Diógenes, los Pirron, los Protágoras, los Lucrecio. Los Hobbes, los Mandeville y muchos otros han procurado diferenciarse entre nosotros del mismo modo y su peligrosa doctrina ha fructificado hasta tal punto que, aunque queden verdaderos filósofos apasionados que nos recuerdan en nuestros corazones las leyes de la humanidad y de la virtud, se espanta uno de ver hasta qué punto nuestro siglo razonador ha llevado en sus máximas el desprecio de los deberes del hombre y del ciudadano.

El gusto de las letras, de la filosofía y de las bellas artes destruye el amor de los primeros deberes y de la verdadera gloria. Una vez que los talentos han invadido los honores debidos a la virtud, cada uno quiere ser un hombre agradable y nadie se preocupa por ser un hombre de bien. De allí nace también esta otra inconsecuencia, que no se recompensa en los hombres más que las cualidades que no dependen de ellos, porque nuestros talentos nacen con nosotros: lo único que nos pertenece son nuestras virtudes.

Los primeros y casi los únicos cuidados que se da a nuestra educación son los frutos y las semillas de estos ridículos prejuicios. Para enseñarnos las

2- He aquí un ejemplo moderno para aquellos que me reprochan citar sólo a los antiguos. La República de Génova, cuando buscaba subyugar más fácilmente a los habitantes de Córcega, no encontró medio más seguro que establecer entre ellos una Academia. No me sería difícil alargar esta nota, pero sería herir la inteligencia de los únicos lectores que me importan.

letras, se atormenta a nuestra miserable juventud: sabemos todas las reglas de la gramática antes de haber oído hablar de los deberes del hombre; sabemos todo lo que se ha hecho hasta ahora, antes de que se haya dicho una sola palabra de lo que debemos hacer; y con tal de ejercitar nuestra charlatanería, a nadie le importa que sepamos actuar ni pensar. En una palabra, sólo se prescribe ser sabio en aquellas cosas que no pueden servirnos para nada; y nuestros niños están educados precisamente como los antiguos atletas de los juegos públicos, quienes al destinar sus miembros robustos a un ejercicio inútil y superfluo, procuraban no emplearlos nunca en ningún trabajo provechoso.

El gusto de las letras, de la filosofía y de las bellas artes ablanda los cuerpos y las almas. El trabajo de gabinete vuelve a los hombres delicados, debilita su temperamento y difícilmente conserva el alma su vigor cuando el cuerpo ha perdido el suyo. El estudio gasta la máquina, agota las mentes, destruye la fuerza, atenúa el coraje y con esto basta para mostrar que no está hecho para nosotros: así es como llegamos a ser cobardes y pusilánimes, incapaces de resistir tanto la pena como las pasiones. Cada uno sabe cuán poco aptos para sostener los trabajos de la guerra son los habitantes de las ciudades, y es conocida la reputación de las gentes de letras en cuestiones de valentía.(2) Y nada más dudoso que el honor de un cobarde.

Tantas reflexiones acerca de la debilidad de nuestra naturaleza sirven a menudo solamente para desviarnos de las empresas generosas. A fuerza de meditar sobre las miserias de la humanidad, nuestra imaginación nos abruma con su peso, y demasiada previsión nos quita el coraje al quitarnos la seguridad. Es en vano que intentemos premunirnos contra los accidentes imprevistos, "Si la ciencia al intentar proveernos nuevas defensas contra los inconvenientes naturales, los ha agravado y ha hecho notar su peso a nuestra fantasía [esto ha hecho] más que descubrirnos sus razones y sus vanas sutilezas".

El gusto de la filosofía afloja todos los lazos de estima y de benevolencia que ligan a los hombres a la sociedad; éste es quizás el más peligroso de los males que engendra. El encanto del estudio vuelve rápidamente insípido cualquier otro vínculo. Más aun, a fuerza de reflexionar acerca de la humanidad, a fuerza de observar a los hombres, el filósofo aprende a apreciarlos de acuerdo con su valor; y es difícil sentir afecto por aquello que se desprecia. Pronto reúne en su persona todo el interés que los hombres virtuosos comparten con sus semejantes: su desprecio por los otros revierte en provecho de su orgullo; su amor propio aumenta en la misma proporción que su indiferencia por el resto del universo. La familia, la patria, llegan a ser para él palabras vacías de sentido: no es ni padre, ni ciudadano, ni hombre; es filósofo.

Al mismo tiempo que el cultivo de las ciencias aparta de alguna manera el corazón del filósofo del mundo, ella compromete en otro sentido el del hombre de letras y siempre con igual perjuicio para la virtud. Todo hombre que se ocupa de los talentos agradables quiere gustar, ser admirado, y quiere ser admirado más que otro; los aplausos públicos le pertenecen

sólo a él: diría que hace todo para obtenerlos si no fuera que hace todavía más para privar de ellos a sus competidores. De allí nacen, de un lado, los refinamientos del gusto y de la cortesía, vil y bajo halago, cuidados seductores, insidiosos, pueriles que a la larga empequeñecen el alma y corrompen el corazón; y del otro, los celos, las rivalidades, los odios de artistas tan renombrados, la pérvida calumnia, la falsedad, la traición y todo lo que el vicio tiene de más cobarde y odioso. Si el filósofo desprecia a los hombres, el artista rápidamente se hace despreciar por ellos y por último, ambos contribuyen a volver a los hombres despreciables.

Hay más, y de todas las verdades que he puesto a la consideración de los sabios, he aquí la más sorprendente y la más cruel. Todos nuestros Escritores miran como la obra maestra de la política de nuestro siglo a las ciencias, las artes, el lujo, el comercio, las leyes y otros lazos que estrechan entre los hombres los vínculos de la sociedad (3) por medio del interés personal y los ponen a todos en una dependencia mutua, confiriéndoles necesidades recíprocas e intereses comunes y obligando a cada uno de ellos a contribuir a la felicidad de los otros para poder lograr la suya. Estas ideas son probablemente hermosas y aparecen bajo una luz favorable; pero al examinarlas con atención y sin parcialidad, encontramos que las ventajas son muchas menos de lo que parece en primera instancia.

Es, pues, una cosa maravillosa haber puesto a los hombres en la imposibilidad de vivir entre sí sin molestarse, suplantarse, engañarse, traicionarse, destruirse mutuamente. Ahora debemos cuidarnos de dejarnos ver tal cual somos; porque, si hay dos hombres cuyos intereses están de acuerdo, hay quizás cien mil en contra, y para lograr lo que se persigue no hay más remedio que engañar o perder a toda esa gente. Ésta es la fuente funesta de las violencias, las traiciones, las perfidias y todos los horrores que necesariamente exige un estado de cosas en el que cada uno, fingiendo trabajar para la fortuna o la reputación de los otros, no busca más que aumentar la suya propia por encima de ellos y a costa de ellos. ¿Qué hemos ganado con esto? Mucha charlatanería, ricos y razonadores, es decir, enemigos de la virtud y del sentido común. A cambio, hemos perdido la inocencia y las costumbres. La multitud se arrastra hacia la miseria, todos son esclavos del vicio. Los crímenes no cometidos ya están en el fondo de sus corazones y para su ejecución no falta más que la certeza de la impunidad.

Extraña y funesta constitución, donde las riquezas acumuladas facilitan siempre los medios para acumular otras más grandes y donde es imposible para aquel que no tiene nada adquirir algo, donde el hombre de bien no tiene ningún medio de salir de la miseria, donde los ladrones reciben los mayores honores y donde necesariamente se debe renunciar a la virtud para llegar a ser un hombre honesto. Sé que los declamadores han dicho cien veces todo esto, pero lo dicen declamando y yo lo digo apoyado en razones: ellos percibieron el mal, yo descubro las causas y, sobre todo, hago ver algo reconfortante y útil al mostrar que todos esos vicios no pertenecen tanto al hombre cuanto al hombre mal gobernado.(4)

3- Deploro que la filosofía afloje los lazos de la sociedad que están formados por la estima y la benevolencia mutua, y deploro que las ciencias, las artes y todos los otros objetos de comercio ajusten los lazos de la sociedad por el interés personal. En efecto, no se puede ajustar uno de esos lazos sin que el otro no se afloje en la misma medida. No hay, pues, contradicción en esto.

4-[...] Un salvaje es un hombre y un europeo es un

Entre los salvajes, el interés personal habla tan fuerte como entre nosotros, pero no dice las mismas cosas: el amor de la sociedad y el cuidado de su defensa común son los únicos lazos que los unen: la palabra PROPIEDAD, que cuesta tantos crímenes a nuestra gente honesta, no tiene casi ningún sentido entre ellos. [...]

\* Cf., sobre el sentido de este término, la nota 3 de nuestra presentación a Narcisse.

\* [El oficio al que se refiere es el de copista de música].

Éstas son las verdades que he desarrollado y que he procurado probar en los diversos escritos que he publicado sobre este tema. He aquí ahora las conclusiones a las que he arribado.

La ciencia no está hecha para el hombre en general. Éste se pierde constantemente tratando de alcanzarla y si alguna vez la obtiene, es casi siempre en su propio perjuicio. Ha nacido para actuar y pensar, no para reflexionar. La reflexión sólo sirve para volverlo desgraciado, sin volverlo mejor ni más sabio: le hace lamentar sus bienes pasados y le impide gozar del presente, le presenta el porvenir bienaventurado para seducirlo con la imaginación y atormentarlo con los deseos y el porvenir desdichado para hacérselo sentir por adelantado. El estudio corrompe sus costumbres, altera su salud, destruye su temperamento y arruina a menudo su razón: si le enseñara algo, seguiría pareciéndome muy mal recompensado.

Confieso que existen algunos genios sublimes que saben penetrar a través de los velos que envuelven la verdad, algunas almas privilegiadas capaces de resistir a la insensatez de la vanidad, a la baja envidia y a las otras pasiones que engendra el gusto de las letras. El pequeño número de aquellos que tienen la dicha de reunir esas cualidades es la luz y el honor del género humano; es preferible que sólo ellos, por el bien de todos, se dediquen al estudio, y esta misma excepción confirma la regla; porque si todos los hombres fueran Sócrates, entonces la ciencia no les sería dañina, pero no tendrían ninguna necesidad de ella.

Todo pueblo que tiene costumbres y que, por consiguiente, respeta sus leyes y no quiere refinar sus antiguos usos, debe preservarse con cuidado de las ciencias y, en particular, de los sabios, cuyas máximas sentenciosas y dogmáticas le enseñarían pronto a despreciar sus usos y sus leyes; lo que una nación nunca puede hacer sin corromperse. El más mínimo cambio en los hábitos, por ventajoso que fuera en algunos aspectos, siempre resulta en perjuicio de las costumbres. Pues los hábitos son la moral del pueblo y en cuanto deja de respetarlos, la única regla que le queda son sus pasiones y el único freno, las leyes, las cuales pueden en ocasiones contener a los malvados, pero nunca volverlos buenos. Además, una vez que la filosofía ha enseñado al pueblo a despreciar sus hábitos, éste encuentra rápidamente el secreto para eludir las leyes. Digo entonces que con las costumbres del pueblo ocurre lo mismo que con el honor de un hombre: es un tesoro que hay que conservar, pero que no se recupera una vez que se ha perdido.

Pero una vez que un pueblo está corrompido hasta un cierto punto, hayan o no contribuido las ciencias, ¿es preciso prohibirlas o preservar al pueblo de ellas para hacerlo mejor o para evitar que empeore? Es otra pregunta por la que me he positivamente declarado por la negativa. En primer lugar, puesto que un pueblo vicioso no vuelve nunca a la virtud, no se trata de volver buenos a aquellos que ya no lo son, sino de conservar así a aquellos que tienen la dicha de serlo. En segundo lugar, las mismas causas que han corrompido a los pueblos sirven en ocasiones para prevenir una corrupción mayor: así es como aquel que ha malogra-

do su temperamento por un uso indiscriminado de la medicina está obligado a recurrir una vez más a los médicos para mantenerse vivo. Y así es como las artes y las ciencias, después de haber hecho florecer los vicios, son necesarias para impedir que se conviertan en crímenes; al menos los cubren de un barniz que no permite que el veneno se exhale tan libremente: ellas destruyen la virtud, pero dejan el simulacro público de la misma, que es siempre algo bueno: introducen en su lugar la cortesía y los buenos modales, y al temor de parecer malo sustituyen el de parecer ridículo.

Mi opinión es, entonces, y ya lo he dicho más de una vez, dejar subsistir e inclusive ocuparse de sostener las Academias, los Colegios, las Universidades, las Bibliotecas, los Espectáculos y todos los otros divertimentos que pueden distraer la maldad de los hombres e impedirles ocupar su ocio en cosas más peligrosas; pues en una región en la que sólo existieran personas honestas y buenas costumbres, sería preferible vivir con estafadores que con pandilleros.

Pregunto ahora dónde está la contradicción de cultivar yo mismo gustos cuyo progreso apruebo. Ya no se trata de llevar a los pueblos a actuar bien, sólo hay que distraerlos de hacer el mal, hay que ocuparlos en tonterías para apartarlos de las malas acciones; hay que entretenerlos en lugar de predicarles. Si mis escritos han sido edificantes para el pequeño número de los buenos, he hecho por ellos todo el bien que dependía de mí y quizás también les resulta útil que ofrezca a los otros objetos de distracción que les impidan pensar en ellos. Me consideraría demasiado feliz si tuviera todos los días una obra para que la silbaran, si pudiera a ese precio retener los malos propósitos de uno solo de los espectadores y salvar así el honor de la joven o de la esposa de su amigo, el secreto de su confidente o la fortuna de su acreedor. Cuando ya no hay costumbres, sólo resta pensar en la policía,\* y se sabe bien que la música y los espectáculos son uno de sus más importantes objetos.

Si queda alguna dificultad en mi justificación, me atrevo a decirlo con todas las letras, no es ante el público ni ante mis adversarios, sino sólo ante mí mismo. Pues sólo observándome a mí mismo puedo juzgar si debo contarme entre el pequeño número y si mi alma está en condiciones de sostener la carga de los ejercicios literarios. Más de una vez sentí el peligro, más de una vez los he abandonado, con el propósito de no retomarlos nunca y, al renunciar a su encanto seductor, sacrifiqué por la paz de mi corazón los únicos placeres que todavía podían deleitarme. Si en los padecimientos que me afligen, si en el final de una carrera ardua y dolorosa, me atreví a retomarlos una vez más durante algunos momentos para amenizar mis males, al menos creo no haber puesto en ello ni demasiado interés ni demasiada pretensión como para merecer los justos reproches que he hecho a las gentes de letras.

Me bastaba una prueba para concluir el conocimiento de mí mismo y la he hecho sin vacilar. Después de haber reconocido la situación de mi alma en los éxitos literarios, me faltaba examinar la otra cara de la moneda. Ahora sé qué pensar. Mi obra ha corrido la suerte que merecía y que



5- Admiro a qué punto la mayor parte de la gente de letras se ha equivocado en este asunto. Cuando vieron que se atacaba las ciencias y las artes, creyeron que se los acusaba personalmente a ellos, mientras que, sin contradecirse a sí mismos, podrían pensar, como yo, que aunque esas cosas hayan causado mucho mal a la sociedad, resulta esencial hoy en día utilizarlas como una medicina contra el mal que ellas han provocado, o como esos animales dañinos que hay que matar cuando pican. En una palabra, no hay hombre de letras que, si puede mantener en su conducta el examen del artículo precedente, no pueda decir a su favor lo que yo digo a favor de mí mismo, y me parece que esta manera de razonar es tanto más apropiada para ellos cuanto que entre nosotros la ciencia les importa muy poco, siempre y cuando se siga honrando a los sabios. Son como los sacerdotes del paganismo, a quienes sólo les importaba la religión en la medida en que los hacía respetables.

yo había previsto; pero, a excepción del disgusto que me ha provocado, salí de la representación mucho más contento de mí, y merecidamente, que si hubiera tenido éxito.

Recomiendo, pues, a aquellos que tan ardientemente buscan algo que reprocharme, que se dediquen mejor a estudiar mis principios y a observar mejor mi conducta, antes de acusarme de contradicción y de inconsecuencia. Si alguna vez se dan cuenta de que comienzo a solicitar los favores del público o que me vanaglorio por haber hecho bonitas canciones, o que me avergüenzo por haber escrito malas comedias, o que busco dañar la gloria de mis competidores, o que simulo hablar mal de los grandes hombres de mi siglo para tratar de elevarme a su nivel rebajándolos al mío, o que aspiro a lugares en la Academia, o que vaya a cortejar a las mujeres que conviene, o que alabe la tontería de los grandes, o que renunciando a vivir del trabajo de mis manos tenga en la ignominia el oficio que he elegido para mí\* y avance hacia la fortuna; en una palabra, si observan que el amor de la reputación me hace olvidar el de la virtud, les ruego que me lo adviertan, inclusive públicamente y les prometo arrojar inmediatamente al fuego todos mis escritos y mis libros y aceptar todos los errores que quieran reprocharme.

Mientras tanto, escribiré libros, haré versos y música, si tengo para ello el talento, el tiempo, la fuerza y la voluntad; seguiré diciendo con franqueza todo lo malo que pienso de las letras y de quienes las cultivan (5) y no creeré valer menos por ello. Es cierto que algún día podrán decir: "Este enemigo tan declarado de las ciencias y las artes sin embargo hizo y publicó obras de teatro" y ese discurso será, lo admito, una sátira muy amarga, no de mí, sino de mi siglo.